

Nietzsche y el odio a los despreciadores de la vida

Juan Esteban Londoño

Profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia, ensayista, narrador y poeta, esteban.londono@udea.edu.co

Este último, gozosísimo, exuberante y orgullosísimo sí a la vida no es sólo la concepción suprema, sino también la más profunda, la más rigurosamente confirmada y sostenida por la verdad y la ciencia. No hay que descontar nada de cuanto existe, nada es superfluo—las facetas de la existencia rechazadas por los cristianos y otros nihilistas son incluso de un rango infinitamente más elevado, en la jerarquía de los valores, de lo que es aquello que el instinto de la decadence pudo aprobar y llamar bueno.¹

Así escribió Nietzsche (1844-1900) para afirmar la vida, el vitalismo de la tierra, la danza y la risa generosa, y negar, odiar a aquellos que impiden una vida que se desborda en el cuerpo y se vincula al devenir. Y es que el pensador alemán, como nos cuentan Martin Heidegger y Stefan Zweig, era un hombre silencioso que aprendió a gritar contra los negadores de la vida. Un hombre, por demás, enfermo, que en medio de fuertes dolores de cabeza y del estómago, que andaba tanteando las paredes de la pensión donde vivía debido a un avanzado proceso de ceguera, decía sí al cuerpo, lo decía desde el cuerpo, *amor fati*, amor al destino que conlleva estar viviendo.

Por esto mismo, Nietzsche fue un odiador con elegancia, un crítico de su tiempo y de la historia, un anunciador del futuro. Entre sus rivales más directos, aparecen Schopenhauer y Wagner, sus antiguos maestros; Sócrates y Cristo, faros de la cultura occidental. La filosofía ascética y la música redentora, el pensamiento racional y la fe salvadora son los objetivos de su martillo demoledor. En este ensayo nos ocuparemos de esta forma de destruir construyendo, de la crítica en medio de la admiración a los padres de la construcción cultural de Occidente y de la constitución de lo alemán, nacionalismo que también Nietzsche detestaba.

Schopenhauer (1788-1860) fue uno de sus primeros maestros. Apareció en la vida de Nietzsche como una revelación, en especial cuando descubrió que el mundo labrado por la razón, el sentido histórico y la moral no era genuino. El mundo real es lo que hay debajo, la voluntad y la vida desbordando plenitud. Pero Nietzsche se alejó de su maestro cuando vio en él una ascesis y un alejamiento de la vida, una negación del cuerpo y de las alegrías, en favor de una contemplación estética del mundo; estética, pero distanciada, estética sin *aisthesis* (sensación), sin percepción sensorial, sin carne. Para Nietzsche, esta corriente ascética y estética dice *no* al cuerpo y a la piel, a la hondura del sentir, y de este modo ama la muerte. Nietzsche dice *sí*, se vuelca a una afirmación total del aquí y ahora, en los ojos, en el oído, en el tacto.

Wagner (1813-1883) fue su otro gran maestro. Nietzsche creyó que el músico traía el halo del arte griego, el arte como un acontecimiento sagrado de la sociedad, en el que se celebra la significación mítica de la vida. A él le dedicó su primer libro *El nacimiento de la tragedia*², pues consideró que el drama musical del artista de Bayreuth prometía la reunificación dionisiaca en los estratos profundos del sentimiento. Wagner era para él un Napoleón del arte, el superhombre se perfilaba desde entonces en el artista. Pero hacia el final de su vida lúcida escribió *Nietzsche contra Wagner*³, donde afirmaba que ambos nombres son antípodas. En la esfera política, Nietzsche critica el moralismo y la intención de usar la música como medio educador nacionalista de las masas. En el ámbito cultural, se opone a la falsa apropiación de la mitología nórdica con el fin de educar al vulgo en una unidad nacional. En

la estética, intuye el peligro de la melodía infinita: “Uno se pierde”, dice. “Hay que nadar en un mar de caos, a diferencia de la música antigua, la cual no invita a nadar sino a danzar”⁴. Nietzsche se opuso a su viejo maestro y amigo debido, además, al antisemitismo y al nihilismo, entendido como el odio a la vida⁵ Por esto lo unió a Schopenhauer bajo un mismo concepto y dijo de ambos: “ellos niegan la vida, la calumnian, y por eso son mis antípodas”⁶.

En cuanto a los maestros antiguos de los cuales provienen las raíces de la formación de Nietzsche—pues este se consideró filósofo, se formó en filología y realizó algunos estudios de teología—aparecen Sócrates y Jesús.

Sócrates († 399 a.C.) es para Nietzsche objeto de odio porque representa la elevación de la razón y el orden por encima del coro dionisiaco que afirma la vida contradictoria. Sócrates representa la dominación de lo lógico, la intelectualidad racional, la ciencia que se inmiscuye y destruye la visión del teatro del mundo. Es el negador del carácter helenístico de aceptación de la tragedia, el griego malogrado, que ya no está inmerso en el mundo místico, sino en la racionalidad. En palabras de Nietzsche:

¿Quién es este que se permite atreverse a negar, él solo, el ser griego, ese ser que, como Homero, Píndaro y Esquilo, como Fidias, como Pericles, como Pitia y Dioniso, como el abismo más profundo y la cumbre más elevada, está seguro de nuestra estupefacta adoración? ¿Qué fuerza demoníaca es esa, que se permite la osadía de derramar por el polvo esa bebida mágica? ¿Qué semidiós es este, al que el coro de espíritus de los más nobles de la humanidad tiene que gritar “¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Tú lo has destruido, el mundo bello, con puño poderoso; ¡ese mundo se derrumba, se desmorona!”⁷

Sócrates, el que renegó del cuerpo en favor de la razón. Sócrates, el que se burló de los rapsodas porque no podían dar cuenta del origen técnico del arte y de la poesía⁸. Sócrates, el que expulsó a los poetas porque eran creadores de ficciones, amantes de lo contradictorio. Sócrates descrea de aquellos que no hablan bajo la virtud del *Lógos*. Instaure la crítica a la poesía de la embriaguez y echa las piedras angulares para un arte racional. Antes de Sócrates, la filosofía era un saber que

brotaba directamente de la vida. Con Sócrates, en cambio, triunfó una nueva filosofía como ejercicio de la razón que establece las bases de la modernidad: desprenderse del cuerpo para ser mente pensante, dudar de los sentidos y afianzarse en las ideas como valores inmutables. Aquí muere el pensar como una *fusis*, la naturaleza en su brotar, pensándose en nosotros; muere la tragedia como la danza de la vida moviéndose en nuestros cuerpos, y se erige la piedra de la distancia en el conocimiento del otro, el imperio de la historia, las cadenas de la naturaleza. Desde esta perspectiva, la belleza tiene que ser consciente y medida; la filosofía, racional y delimitada. Sócrates quita de la obra de arte y de la vida el rasgo dionisiaco y deja apenas el entramado lógico del mundo, la dimensión lumínica del saber. Nietzsche, quien ama la vida como tragedia, como danza y combate, el devenir contradictorio, odia a Sócrates.

Pero no debemos creer que la relación de Nietzsche con Sócrates sea puramente negativa. Es, más bien, ambivalente. Nietzsche desprecia a Sócrates y también lo admira. Recordemos que sus alusiones son hiperbólicas, si no irónicas y emitidas a carcajadas. La hipérbole es una característica de la escritura de Nietzsche. Con ella pretende llamar la atención con exageraciones conscientes. Sócrates es la antípoda de Nietzsche en su quehacer filosófico, pero ambos transvaloran, ambos “corrompen” a los jóvenes mediante preguntas críticas a la cultura, ambos son filósofos de la ruptura. Nietzsche detesta a Sócrates de tan cercano que lo siente.

La cuarta figura a destruir con el martillo de su odio es Cristo, o el cristianismo. Jesús († 33), en cuyo nombre se renegó de la vida y de la carne en favor del alma. Vale decir que Nietzsche distingue entre el Jesús histórico y el Cristo de las iglesias. En *El anticristo* (1895) vemos que Nietzsche admira y reconoce el valor de un Cristo que se opone a la moral judía, la que se distinguía con escrúpulos entre el Bien y el Mal como dos principios irreconciliables. Nietzsche ve en Jesús a un espíritu libre que se unta el barro de la vida. A su experiencia, como una experiencia única, una gesta de rebelión simbólica contra el poder sacerdotal. Jesús, desde la perspectiva nietzscheana, es

¹ Friedrich Nietzsche, “Ecce Homo”, en *Obras completas. Vol IV. Escritos de madurez II y Complementos a la edición*. (Madrid, Tecnos, 2018), 91-92.

² Friedrich Nietzsche, “El nacimiento de la tragedia”, en *Obras completas. Vol I. Escritos de juventud* (Madrid, Tecnos, 2018).

³ Friedrich Nietzsche, “Nietzsche contra Wagner”, en *Obras completas. Vol IV. Escritos de madurez II y Complementos a la edición* (Madrid, Tecnos, 2018).

⁴ *Ibid.*, 911.

⁵ *Ibid.*, 917.

⁶ *Ibid.*, 912.

⁷ Nietzsche. *El nacimiento de la tragedia*, 389.

⁸ Platón, *Ion*. (Madrid, Gredos, 2003), 533c-536d.

un incrédulo frente al sistema, una forma de decir *no* a la religión para acercarse al *sí* a la vida:

Yo no alcanzo a ver contra qué iba dirigida la rebelión de la que Jesús ha sido entendido o malentendido como iniciador, si no fue la rebelión contra la Iglesia judía, tomando Iglesia exactamente en el sentido en que nosotros tomamos hoy esa palabra. Fue una rebelión contra “los buenos y los justos”, contra “los santos de Israel”, contra la jerarquía de la sociedad —no contra su corrupción, sino contra la casta, el privilegio, el orden, la fórmula—; fue la incredulidad con respecto a los “hombres superiores”, el no a todo lo que era sacerdote y teólogo.⁹

Afirmamos con Rafael Gutiérrez Girardot el ataque de Nietzsche al cristianismo (y a la religión de la culpa), es una crítica a la filosofía occidental como teología solapada. El objeto de su odio es el concepto de un Dios falseado bajo la concepción de la moral simbolizada en una mancha, el intento de dominar bajo la culpa a las personas que pretenden celebrar la vida, el decir a otros: “estás sucio y solo yo puedo limpiarte”. Así se genera una cultura de dominación simbólica sobre los creyentes, una venganza de quienes no pueden triunfar en la esfera de la creatividad.

Pero Nietzsche no odiaba al ascetismo y al nacionalismo, los de Schopenhauer y Wagner, al platonismo y al cristianismo, representados en Sócrates y en Jesús, como un gesto fortuito. Lo hacía porque era un amante de la vida y pensaba que estas corrientes, todas nihilistas, negadoras de la vida, habían convertido al alma en la prisión del cuerpo, olvidaban que el ser es carne y la tierra, el lugar donde se es. Nietzsche odia porque ama la vida.

En *Así habló Zaratustra*¹⁰ hay un rescate de la filosofía como amor, pero ya no amor al saber o al alma, es amor al cuerpo y a la tierra, amor a la risa y a la carne. Carne que se ama como impulso y deseo, sin sublimaciones metafísicas ni hipocresías culturales.

Nietzsche ama el cuerpo y ama la tierra. Ama las formas de ser del cuerpo y en el cuerpo. Contra el Dios cristiano que es símbolo de la metafísica platónica, despreciadora de las apariencias (lo que se nos aparece) y de la vida terrenal,

Zaratustra afirma que somos cuerpo, un cuerpo hecho de carne y en el que se habita carne, un órgano telúrico de relación con todo, un telar de sentidos que se tejen entre sí con otros cuerpos: con la tierra, con los alimentos, con los animales y, entre ellos, los humanos, sin distinción alguna de orientación de género. La relación vital se da cara a cara, cuerpo a cuerpo, en combate y danza, desnudez a desnudez, en el acto erótico del penetrar y ser penetrados, en el nacer y en la muerte. El yo es su cuerpo. Ha de morir el alma, los barrotes imaginarios de la prisión hecha de símbolos.

La palabra amor (*Liebe*) aparece más de 300 veces en el libro cumbre de Nietzsche. Zaratustra ama con un amor expansivo. Considera que el amor cristiano es selectivo porque se ama en un espejo, ama su propia doctrina y a quien la replique. El cristianismo, en el fondo, odia. Cuando se refiere al mandamiento cristiano del amor al prójimo, Nietzsche reconoce la hipocresía de amar a quien está cercano y propone un mandamiento más radical. Por esto dice Zaratustra: “Hermanos míos, yo no os aconsejo el amor al prójimo: yo os aconsejo el amor al lejano”¹¹.

Zaratustra es un profeta afirmativo, reflejo de una etapa de Nietzsche en la que supera la negatividad crítica de sus primeros años y se concentra en la celebración. *Así habló Zaratustra*, novela de Nietzsche o relato de parábolas, es una oda a la vida. Por esto no escatima en afianzarse en lo que ama. En el prólogo de este libro hay una serie de afirmaciones vitales, semejantes a una lista de bienaventuranzas. Pero, a diferencia de las bendiciones judeocristianas, Zaratustra afirma su amor a lo venidero y a lo abierto, si entendemos que el Superhombre no es tanto un ente profetizado para el futuro, sino una dimensión de apertura, una grieta que rompe con dureza la muralla de la historia y anuncia la danza de la vida: “Amo a quien trabaja y descubre que construye la casa para el Superhombre y a él prepara la tierra, los animales y las plantas”¹². También, y por esta vía, celebra la dádiva, el deseo de más vida que se traduce en el don mismo: “Amo a aquel cuya alma se despilfarra, aquel que no quiere que le den las

gracias ni dar nada a cambio: pues él siempre regala y no quiere conservarse a sí mismo”¹³.

Nietzsche presenta a los negadores de la vida y de la realidad terrena como hechiceros que adormecen a los espíritus y los hacen caer en un gran sueño, mientras el mundo transcurre ajeno a ellos. Los que duermen, no viven. Zaratustra, en cambio, elige la opción del vitalismo: “Si la vida no tuviese ningún sentido y tuviera yo que elegir un sinsentido, este me resultaría también a mí el sinsentido más digno para elegir”¹⁴. Una vida para estar despiertos ante ella, con los sentidos dispuestos a dejarse tocar.

Así se muestra una elección filosófica en Nietzsche que se entiende como la vida encarnada en vida. Ella abre el aparecer de la experiencia. Invita a respirar el soplo de la tierra y a deleitarse en sus aromas. Zaratustra es el cantor del vitalismo encarnado, abierto a la escucha de los cuerpos.

El vitalismo de Nietzsche se caracteriza por la aceptación jovial de las dimensiones lumínicas y las oscuras, de los colores y los matices, de la celebración en espera indiferente, incluso irónica, de una deidad bailarina. “Yo solo creería en un Dios que supiera bailar”, canta Zaratustra¹⁵. Con esto se opone a la gravedad del Dios cristiano y de sus seguidores atormentados por la culpa. A esta forma de vida, la cristiana y socrática, pero también la ascética de Schopenhauer, la llama demoníaca, asociada al espíritu de la pesadez. Con esto invierte Nietzsche los valores y ve que lo satánico es la negación de la vida, la postergación del deleite en vista del dolor, la anulación de la intensidad, mientras que lo santo y vivo es una danza carnal de lo sagrado y lo profano: “ahora baila un Dios a través de mí”¹⁶.

Los ascetas se hunden en el pantano de la ley. Zaratustra escribe aforismos poéticos y deja que la deidad baile en su ser.

Así tenemos a un escritor o, como él pretendía encarnar, un filósofo poeta que odia en nombre del amor y se derrama en críticas mordaces contra aquellos que dicen amar en nombre del odio. Nietzsche rompe con los valores tradicionales que aprisionan la carne, con las ideas y creencias que niegan la vida terrenal y encadenan a la tierra misma bajo el mismo Dios, garante metafísico de una negación del cuerpo de la alegría, en favor de la sonrisa y de la carcajada, de la danza y el poema, del amor al devenir.

Nietzsche odia a los despreciadores de la vida, lo hace mediante la risa, porque ama la vida. 🗨️

¹³ Ibid., 75.

¹⁴ Ibid., 86.

¹⁵ Ibid., 93.

¹⁶ Ibid., 93.

⁹ Friedrich Nietzsche, “El anticristo”, en *Obras completas. Vol IV. Escritos de madurez II y Complementos a la edición* (Madrid, Tecnos, 2018), 727.

¹⁰ Friedrich Nietzsche, “Así habló Zaratustra”, en *Obras completas. Vol IV. Escritos de madurez II y Complementos a la edición* (Madrid, Tecnos, 2018), 65-282.

¹¹ Ibid., 107.

¹² Ibid., 75.